



unánimes

# Estudios bíblicos

## M: Parábolas de Jesús

### 24.- Parábola de los dos deudores



unánimes

## Estudios Bíblicos

### M.24.- Parábola de los dos deudores

#### 1. El texto

##### **Lucas 7:36-50**

*Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiera con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los secaba con sus cabellos; y besaba sus pies y los ungía con el perfume. Cuando vio esto el fariseo que lo había convidado, dijo para sí: «Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora». Entonces, respondiendo Jesús, le dijo:*

*—Simón, una cosa tengo que decirte.*

*Y él le dijo:*

*—Di, Maestro.*

*—Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos lo amará más?*

*Respondiendo Simón, dijo:*

*—Pienso que aquel a quien perdonó más.*

*Él le dijo:*

*—Rectamente has juzgado.*

*Entonces, mirando a la mujer, dijo a Simón:*

*—¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste beso; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; pero ella ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero aquel a quien se le perdona poco, poco ama.*

*Y a ella le dijo:*

*—Tus pecados te son perdonados.*

*Los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí:*

*—¿Quién es este, que también perdona pecados?*

*Pero él dijo a la mujer:*

*—Tu fe te ha salvado; ve en paz.*

#### 2. Introducción

Para analizar la parábola de los dos deudores, hay que estudiar el texto que la precede.

Un día un fariseo llamado Simón, que no debe confundirse con “Simón Pedro”, ni con “Simón el Zelote”, con “Simón el padre de Judas Iscariote”, con “Simón de Cirene”, con “Simón el curtidor”, ni siquiera con “Simón el leproso”, invitó a Jesús a cenar. ¿Por qué hizo esta invitación? No se nos dice. Sin embargo, el texto indica claramente que no lo hizo motivado por el amor, ni siquiera por tener una elevada consideración de Jesús. Puede haber sido motivado por la curiosidad. Habiendo oído que muchas personas estaban llamando al Señor “gran profeta”, puede ser que haya invitado a Jesús para ver si había que dar consideración a la fama que este así llamado profeta estaba adquiriendo. Aun no se puede excluir completamente la posibilidad de que quisiera tener una oportunidad de encontrar base para formular alguna acusación contra Jesús.

Jesús acepta la invitación y entra en la casa del fariseo. Tan grande es su compasión que no solamente come con los publicanos como Leví o Mateo sino también con el fariseo Simón, y con otros fariseos cuando le invitan, sabiendo que son sus enemigos y que desean deshacerse de él.

Ahora bien, había una mujer en el pueblo que era pecadora. Cuando supo que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, trajo un jarro de alabastro con perfume y, llorando continuamente, se puso a los pies de Jesús. Ella comenzó a mojarle los pies con sus lágrimas y los secaba con el cabello de su cabeza, besándole los pies y ungiéndolos con el perfume.

La frase exclamatoria “Ahora bien”, indica que Lucas quiere llamar nuestra atención en forma especial a lo extraño que ahora ocurrió. En este pueblo que había una mujer muy conocida por su mala reputación. Decir que probablemente era una ramera sería ser injusto con ella. Una mujer podía ser “pecadora” sin ser una ramera. Además, es claro por el presente relato que a pesar de lo que hubiera estado haciendo, ya no lo hacía. Debe haber oído las palabras de Jesús. Y estas palabras, pronunciadas en ocasiones anteriores, deben haber sido aplicadas a ella con su eficacia salvadora. Además, aun ahora estaba presente en su corazón el principio de una conciencia de haber sido perdonada por Dios. De otro modo, ¿cómo podemos explicar el hecho que, habiéndose enterado que Jesús estaba en la casa del fariseo, no solamente vino a esta casa sino que trajo consigo el jarro de alabastro con perfume? El jarro de alabastro era un frasco de yeso blanco fino (o quizás un color delicadamente teñido). Tenía cuello largo. Para derramar su contenido, debía quebrarle el gollete. Es claro que ella sintió la necesidad de traer una ofrenda de acción de gracias a quien había sido el instrumento en el cambio de su vida.

No es tan extraño que, en un sentido, se le haya permitido entrar en la casa. No era del todo

desacostumbrado que personas no invitadas entrasen a una casa donde se ofrecía una cena. Generalmente se sentaban a lo largo de las paredes a observar todo lo que estaba ocurriendo y hasta se ponían a conversar con algunos de los invitados. Sin embargo, que esta mujer en particular, conocidísima como “pecadora”, tuvo el valor de entrar en casa de un estricto fariseo, sí que era algo extraordinario. El único modo de explicarlo es suponer que la urgencia que ella tenía de expresar su gratitud a Jesús era tan irresistible que nada pudo detenerla de hacer lo que ella quería hacer.

Abrumada por un genuino pesar por su vida pecaminosa pasada, la mujer está a los pies de Jesús. Suponemos, como la mayoría de los traductores y expositores, que los que participaban en la comida estaban reclinados sobre bajos divanes puestos alrededor de la mesa. Cada persona, frente a la mesa, se acostaba con las piernas estiradas hacia atrás. Se reclinaba sobre el brazo izquierdo con el fin de tener libre el derecho para comer. Por lo tanto, es fácil comprender que la mujer estuviera tras él, esto es, a sus pies que estaban extendidos.

Ella ha venido hoy para ungir a Jesús con perfume; con perfume, costoso y fragante no solamente con aceite de oliva común. ¡Nada es demasiado bueno para ofrendarlo a Jesús! Pero cuando está allí, ella vacila. En realidad, es vencida por la emoción. Un pesar abrumador por el pecado del pasado se mezcla con una profunda gratitud por el sentido presente de perdón. Su corazón está lleno hasta rebosar de amor y reverencia por Aquel que le abrió los ojos y produjo un cambio tan radical en su vida. Resultado: ella estalla en lágrimas. Esta “agua del corazón” como dice Martín Lutero cae sobre los pies de Jesús. Impulsivamente ella hace lo que en aquellos días ninguna mujer debía hacer en público: se desata la cabellera. Entonces, inclinándose con el cabello suelto, mientras sigue llorando continuamente, sigue secando los pies de Jesús, los besa y del frasco ya roto, derrama el perfume sobre ellos.

Simón, un fariseo típico, se siente profundamente ofendido por lo que la mujer está haciendo. Además, se siente herido en su sentido de la decencia por el hecho de que Jesús tolere tal conducta de parte de ella. ¿Se ha estado preguntando Simón si Jesús es realmente un profeta? Si así era, ya no le cabe duda. Está convencido que si Jesús hubiera sido profeta, inmediatamente habría tenido discernimiento en cuanto al carácter de esta intrusa de baja categoría, esta “pecadora”. Habría despedido a esa mujer de reputación infame.

Simón con su autojusticia no entendía—o no quería creer—que Jesús asociara con los pecadores con el fin de que pudieran convertirse y ser salvos.

Por medio de la parábola de los dos deudores, Jesús hace su defensa. Da palabras de aliento a la mujer. Cuando Jesús le dice a Simón: “Tengo que decirte algo”, el dueño de casa siente curiosidad por saber de qué se trata. Entonces responde: “Dí, Maestro”. Entonces sigue la parábola de los dos deudores.

### 3. La pregunta

—*Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos lo amará más?*

Esta parábola necesita muy poco a modo de explicación. Brevemente, el sentido es éste: Había una vez dos hombres que estaban endeudados con un prestamista. Un deudor le debía el equivalente a lo que un trabajador común gana en quinientos días (sin contar los días de reposo); el otro, un equivalente a lo que un trabajador obtiene por el trabajo de cincuenta días. Sin embargo, ninguno pudo pagar. Entonces, ¿qué hizo el prestamista? En vez de arrojar a los dos deudores a la cárcel, generosamente perdonó la deuda de ambos ... Mirando quizás fijamente a Simón, Jesús le pregunta: “Ahora, ¿cuál de estos dos deudores revelará más amor hacia el prestamista?”

### 4. La respuesta y la enseñanza

*Respondiendo Simón, dijo:*

—*Pienso que aquel a quien perdonó más.*

*Él le dijo:*

—*Rectamente has juzgado.*

*Entonces, mirando a la mujer, dijo a Simón:*

—*¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste beso; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; pero ella ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero aquel a quien se le perdona poco, poco ama.*

Con espíritu de indiferencia, real o fingido, Simón, muy incómodo y preguntándose qué es lo que Jesús está tratando de probar, responde: “Pienso [o, supongo, presumo] que aquel que tenía la deuda más grande, que ahora le fue cancelada”.

En su gran paciencia, Jesús limita su comentario (sobre la respuesta de Simón) a la afirmación que el fariseo ha juzgado rectamente. Entonces, muy dramáticamente, el Maestro dirige la atención de Simón hacia la mujer. ¿La ve Simón? ¿Ha entendido la importancia de las acciones de ella? “Entré en tu casa”, continúa Jesús, sin siquiera añadir, como podría haberlo hecho, “por invitación tuya”. Enseguida el Maestro revela ante todos el mezquino

tratamiento que ha recibido de su anfitrión. Este había omitido todas las acostumbradas evidencias de hospitalidad, todas las formalidades que, como todos sabían, debían otorgarse a un invitado de honor. Simón no había proporcionado agua para lavar los pies de Jesús, no le había dado la bienvenida con un beso como era la costumbre y no había ungido la cabeza de su invitado, ni siquiera con aceite de oliva barato. La recepción había sido fría, con aires de superioridad, descortés.

El Maestro muestra que en los tres aspectos ha recibido un tratamiento muy distinto de la mujer arrepentida. En vez de agua para los pies de Jesús, esta mujer ha proporcionado lágrimas, indicativas de arrepentimiento. En vez de un beso en la mejilla, ella le ha dado muchos besos fervientes a los pies, símbolos de gratitud. ¡En vez de aceite de oliva barato para la cabeza, ha derramado un perfume precioso y fragante en sus pies!

Jesús agrega: *“Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados”*. Para dar todo el énfasis del original, la traducción tendría que ampliarse más o menos como sigue: *“Por lo tanto te digo, perdonados son sus pecados, por muchos que hayan sido. Han sido perdonados como es claro por el hecho de que ella, consciente de haber sido perdonada, ha mostrado que me ama tan intensamente. Es la persona a quien poco se ha perdonado la que ama poco”*. Lo que Jesús enseña es que el desborde de amor es resultado del hecho de estar consciente de haber sido perdonado.

En otras palabras, lo que hace es esto: invierte los papeles. Simón se consideraba justo, perdonado (si es que alguna vez sintió la necesidad de perdón) y miraba a la mujer como pecadora sin perdón. Jesús muestra que por su falta de amor es Simón quien da muestras de no haber sido perdonado—inferencia misericordiosamente atenuada para quedar en “ha sido perdonado poco”—mientras la mujer se regocija en la libertad de culpa que ha recibido como un don de la gracia de Dios.

El amor a Jesús—por lo tanto, a Dios—es y debe siempre ser el resultado del perdón: Nada que pagar, ¡Sí, nada que pagar! Jesús toda la deuda ha cancelado ya, la ha borrado con su mano sangrante! Libres y perdonados estamos. Escuchemos la voz de Jesús que dice: De cierto te digo, nada tienes que pagar! Pagada está la deuda, el deudor está libre!

## 5. El perdón

*Y a ella le dijo:*

*—Tus pecados te son perdonados.*

*Los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí:*

*—¿Quién es este, que también perdona pecados?*

*Pero él dijo a la mujer:  
—Tu fe te ha salvado; ve en paz.*

Lo que la mujer ya sabía en principio ahora es reafirmado. En vista de su vida pasada de pecado probablemente ella necesitaba esta confirmación, de modo que aquello que ella sentía que había ocurrido—de allí su desborde de amor—pudiera quedar más firmemente establecido en su corazón, a saber, que de una vez para siempre y en forma completa sus pecados habían sido y ahora eran borrados. Y tal perdón nunca queda solo. Es siempre perdón y más. Dios, en Cristo, abraza a esta mujer arrepentida con sus brazos de amor protector, amor adoptivo.

Esta afirmación de Jesús provocó resentimiento en los corazones de quienes estaban reclinados a la mesa con Él, la mayoría de los cuales probablemente fueran fariseos. Decían consigo mismos: “¿Quién es éste que hasta perdona pecados?” No debe pasarse por alto que cuando Jesús declaró públicamente “Tus pecados son perdonados”, dijo esto no solamente por causa de la mujer misma, para que se sintiera segura, sino también por causa de los otros invitados, para que ya no la consideraran “pecadora”. Habiendo oído a Jesús hacer esta declaración de absolución, ellos, sin embargo, no quedan satisfechos. Sin embargo, Jesús pasa por alto lo que está ocurriendo en los corazones de estas personas autosuficientes. Pero, sí toma en cuenta a la mujer. Es a ella, cuando la despide, que dirige su observación maravillosamente consoladora: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz”.

En pocas palabras, esta fe, siempre un don de la gracia de Dios, es la humilde confianza de la mujer en Jesús, su acto de entregarse enteramente a Él. ¿No es maravilloso que Jesús, al dirigirse a esta mujer nada diga acerca de su propio poder y amor, la causa fundamental del estado presente de salvación de ella, sino que hace mención de aquello que sin él nunca podría ella haber poseído ni haber podido ejercer? Que nuestro Señor atribuía gran valor a la fe se ve claramente en otros pasajes del evangelio de Lucas así como en muchos otros pasajes de los demás Evangelios.

“Ve en paz”, dice Jesús, al despedirla. Aquí no puede significar menos que lo que da a entender la palabra hebrea “Shalom”, prosperidad para el alma y el cuerpo. Esta paz es la sonrisa de Dios reflejada en el corazón del pecador redimido, un refugio en la tormenta, un escondite en la roca eterna, abrigo bajo sus alas.

## 6. Conclusión

Esta escena es tan real, que le hace pensar a uno que Lucas tiene que haber sido un artista. La escena tiene lugar en el patio de la casa del fariseo Simón. Las casas de la gente aco-



modada se levantaban alrededor de un patio abierto que parecía una placita. A menudo había en el patio un jardín y una fuente; y allí era donde se comía en los días de calor. Era costumbre que, cuando se había invitado a un rabino, viniera toda clase de gente, nadie se lo impedía, para escuchar las perlas de sabiduría que salían de sus labios. Así se explica la presencia de la mujer.

Cuando entraba un invitado en una casa así, era comente que se hicieran tres cosas.

- a. El anfitrión le ponía la mano en el hombro al huésped y le daba un beso de paz. Esa era una señal de respeto que jamás se omitía en el caso de un rabino distinguido.
- b. Los caminos eran de tierra, polvorientos, y el calzado no era más que suelas sujetas al pie con correas y por eso se le echaba agua en los pies al huésped para limpiárselos y refrescárselos.
- c. O bien se quemaba un poquito de incienso, o se le echaba un poco de esencia de rosas al invitado en la cabeza. Eran cosas que exigían los buenos modales, pero que no se cumplieron en este caso.

En el Oriente, los comensales no se sentaban, sino se reclinaban ante la mesa, en sofás bajos, apoyándose en el brazo izquierdo para dejar libre el derecho para comer. Tenían los pies extendidos hacia fuera, y se quitaban las sandalias durante la comida. Así se comprende cómo llegó la mujer a los pies de Jesús.

Simón era fariseo, es decir, uno de los separados. ¿Por qué invitó a Jesús a comer en su casa? Hay tres posibles razones:

- a. Es posible que fuera simpatizante y admirador de Jesús, porque no todos los fariseos eran sus enemigos; pero la atmósfera de falta de cortesía lo hace improbable.
- b. Es posible que Simón invitara a Jesús con la intención de pillarle alguna palabra o acción para delatarle ante las autoridades. Es posible que Simón fuera un agente provocador. Tampoco esto parece probable, porque Simón le da a Jesús el título de rabí en el versículo 40.
- c. Lo más probable es que Simón fuera un coleccionista de celebridades y que hubiera invitado a comer al discutido joven galileo con un despectivo paternalismo. Esto explicaría la mezcla de cierto respeto con la omisión de los detalles de cortesía.

La mujer era conocida por su mala vida y lo más probable es que fuera prostituta. Seguramente había oído a Jesús desde el borde de la multitud y había creído que Él podía tenderle la mano para sacarla del cieno. Llevaba alrededor del cuello, como todas las mujeres judías, un frasquito de alabastro que contenía esencia, que era algo bien costoso. Se lo quería



derramar a Jesús en los pies, porque era todo lo que podía ofrecerle. Pero, cuando le vio, no pudo contener las lágrimas, que literalmente le regaron los pies. El aparecer en público con el pelo suelto era una señal de desvergüenza en una mujer judía. Las jóvenes se sujetaban el pelo el día de su boda y ya no volvían a llevarlo suelto nunca más en público. El hecho de que esta mujer se lo soltara fue señal de hasta qué punto se había olvidado de todo el mundo menos de Jesús.

Esta historia revela el contraste entre dos actitudes de mente y de corazón.

- (i) Simón no se reconocía necesitado de nada y por tanto no sentía amor. Se consideraba un hombre bueno y respetable a los ojos de los demás y de Dios.
- (ii) La mujer reconocía su suprema necesidad y por tanto estaba inundada de amor hacia el que podía perdonarla... y por eso recibió el perdón.

Lo único que nos cierra a la salvación de Dios es el sentimiento de nuestra propia suficiencia. Y lo extraño es que, cuanto más buena es una persona, más siente su pecado. Cuando Pablo habla de los pecadores, añade: «de los cuales yo soy el primero». Francisco de Asís decía: “No hay en todo el mundo un pecador más desgraciado y miserable que yo”.

Es verdad que el peor pecado es no tener conciencia de pecado; pero el sentimiento de la necesidad abre la puerta al perdón de Dios, porque Dios es amor y la mayor gloria del amor es que se sienta su necesidad.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen  
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995